

México y el Indolatinismo



N el «Repertorio Americano» que García Monje edita y dirige en San José de Costa Rica, un escritor mexicano, Humberto Tejera, ha publicado, en uno de los últimos números del semanario de cultura hispánica, un estudio que titula «México y el Indolatinismo».

Interesante, muy interesante es el ensayo de Tejera. Quiere en él reivindicar para la gran república indolatina cierto carácter que habría de distinguirla entre las veinte naciones de la raza.

A la primitiva homogeneidad inorgánica en que se confundían las colonias de España y Portugal, ve sucederse ya *una heterogeneidad definida y coherente*, regida por un proceso de *trabazón y fronteras, de solidificación política e idealista, entre estos pueblos que poseen tierras, aguas, razas, lengua y peligros comunes*.

Recursos voluntarios, nacidos de esa visión integral, profunda, consciente, que parece guiar las normas políticas modernas, recursos basados en *el esclarecimiento de los intereses verdaderos, nacionales y populares, por la libre expresión y propaganda de la verdad*, dirigen a este grupo étnico en su movimiento general hacia la solidaridad: *Federaciones y confederaciones, alianzas, intensificación comercial, facilidades aduaneras y fronterizas, intercambio escolar y de publicaciones, fraternidad intelectual y artística, excursiones; en fin, todos los mil y un medios de propaganda conocidos, serán los factores decisivos para dar vida al acercamiento indolatino*.

Al Sur de la América, Argentina, Uruguay, Chile y buena parte del Brasil han sido invadidos por una enorme corriente de inmigración europea que los hace *simples trasplantes* del viejo continente. Las transformaciones, las desviaciones del idioma revelan el sentido de este proceso.

El aumento de la riqueza industrial determinado por el acrecentamiento de la población hábil para el trabajo, señala Tejera, únese en estas naciones a la organización política constitucional y a la imitación de las ciencias, artes y costumbres europeas.

En las demás repúblicas suramericanas y en Centro América *perdura el estado colonial*. La situación racial no ha sido modificada en forma sensible, porque ha faltado aquí la fuerte corriente inmigratoria que determine una rápida absorción o asimilación. *Las razas indígenas y africanas permanecen embrutecidas*, y como al margen de la vida nacional. *Es lo mismo que dejaron los últimos capitanes generales*.

Si el Sur de nuestra América deviene europeo y el Centro permanece en pleno siglo XVIII, en el extremo Norte, en México, existe la verdadera originalidad indolatina y el espíritu que habrá de dominar en el conglomerado de veinte repúblicas, si es que algún día han de tener un espíritu común. Hé aquí cómo termina nuestro autor esta ojeada de conjunto a lo que es hoy en día en realidad política y en fuerzas potenciales, el mundo latinoamericano.

Este carácter distintivo de la cultura mexicana ha sido determinado, en el sentir de Tejera, por motivos de varia naturaleza: geográficos, históricos, etnológicos, políticos y sociales, artísticos y espirituales. Quiere él, luego, contemplar su armónico movimiento en toda su *vibrante amplitud*.

México establece el contacto geográfico entre las dos Américas. Región dotada de enormes riquezas, ha padecido un siglo entero *los más recios golpes del imperialismo yanqui*. Ha podido sufrirlos y sobreponerse a ellos por el carácter de su raza. La serenidad, el estoicismo, el ánimo acerado que sabe sufrir el dolor sin agobio, ha sido *la muralla de bronce indígena* que ha impedido una excesiva penetración yanqui en la América Central. México ha sido el baluarte del indolatinismo.

Ya no es fácil que México pueda dejar de cumplir esta misión defensiva. La prueba parece seria y suficiente; una mayor cultura da a esta actitud la fuerza y permanencia de los actos que han logrado ubicarse en la conciencia. Si el baluarte mexicano llegara a derrumbarse, *el aluvión yanqui llegaría hasta el Amazonas*.

El motivo histórico cobra fundamento en la significación que tuvo México para la cultura americana desde la Colonia. Más remotamente aún, arraiga este motivo histórico en lo que era ya esta raza en *aquellas épocas grandiosas en que toltecas, mayas y aztecas levantaban ciudades, pirámides y templos y hacían descubrimientos fundamentales*.

Más importante todavía es el motivo etnológico. *México es el país americano en que predomina la población indígena y en que esta población es más civilizada.* Nombres altísimos dió a la historia la raza mexicana. Mientras en todas las demás naciones latinoamericanas, —en el Perú mismo,—el indio quedó en inferior plano, subordinado, valorado sólo como elemento inferior de trabajo, como *raza de trabajo*, el indio mexicano se incorporó a la nación y actuó en la alta historia de su pueblo.

La habilidad del indio mexicano, su aptitud de cultura, su capacidad de civilización, hanse puesto de manifiesto ampliamente en la asimilación de las ciencias, artes y manufacturas extrañas.

La solución racional del problema étnico de la América sólo ha sido posible o sólo ha sido hallada y puesta por obra en México: *vincular al indio, por la educación y los medios iguales de cooperación social, a las demás razas.* Es éste el pueblo americano en que el indio supo alcanzar un valor social más alto y en que sus relaciones con las razas extrañas se fundamentaron sobre el tácito reconocimiento de su dignidad de hombre.

Desde el triunfo de Juárez, los motivos políticos y sociales que señalan a este pueblo entre los demás indolatinos, se han venido sucediendo. Fueron primero la separación de la Iglesia y el Estado, la federalización de las provincias, la tenacidad consciente para imponerse,—aun a costa de sacrificios durísimos,—al respeto internacional. Después, la revolución que se inicia en 1910 ha manifestado como en ningún otro pueblo de América la voluntad de hacer frente profunda y vastamente a la cuestión social que agita al mundo entero. La Constitución Mexicana de 1917 es producto e índice de este esfuerzo. La defensa de los intereses económicos nacionales frente a la invasión extranjera, el feminismo y las leyes que organiza la familia, la política social moderna llevada a la realidad de las relaciones entre la riqueza propia y el capital extraño y entre los trabajadores y los capitalistas internacionales, todo nos muestra que este formidable movimiento nacional mexicano es lo que ha de llamarse, con todas sus letras, una Revolución, y tiene de ella las extensas proporciones y el vasto significado.

Las artes mexicanas, hoy como en los tiempos precolombinos, son las únicas originarias y valiosas del continente. Siempre se habla de una «civilización mexicana» en la historia de la cultura universal.

México tiene música propia, cerámica y tejidos marcados con el sello azteca, tesoros arqueológicos únicos y crecientes, y hasta indumentaria y costumbres particulares.

No es menor que este acervo de cultura artística, arraigado profunda y largamente en el alma mexicana, la extraordinaria aptitud científica de este pueblo. A España fueron, durante la Colonia, artistas, filósofos, hombres de ciencia mexicanos. Hoy culmina esta cultura particular, de la tierra y de la raza, acrecentada por los aportes del pensamiento general y unida a él, en el altísimo pensamiento de José Vasconcelos, cuya labor literaria y filosófica es de valor no discutido y cuya acción en la Secretaría de Educación de su patria no tiene par en América.

No vale oponer a este conjunto de cualidades positivas los defectos propios de la raza. Estos mismos vicios sirvieron a veces para afirmar la acción de este pueblo en defensa del indolatinismo: sean ejemplo la ferocidad y pujanza extraordinarias de los pobladores de México.

Hé aquí, resumidamente expuestos los antecedentes que pone a nuestra vista Humberto Tejera para conducirnos a esta conclusión de conjunto: *esta República, en todos respectos, está en camino de realizar la civilización material y la cultura espiritual originaria, autóctona, propia, a que deben aspirar las demás naciones del mismo grupo étnico.*

El camino por donde la gran nación indolatina es conducida hacia la realización de sus destinos como pueblo, debe ser conocido y aprovechado como ejemplo y norma por los demás pueblos de la raza. Los siglos futuros les reservan vida muy alta en el concierto de la nueva solidaridad humana, basada en las profundas, verdaderas diferencias raciales, de cuyo fondo surge, cimentado sobre principios vitales, un fecundo impulso de expansión humana.

México ha creado y dirige esa norma que nos conduce a la presentida conjunción, y será el magno prodigio histórico si llega a fortalecer y arraigar el amor del hombre por el hombre, por sobre las razas y diferencias, y de los pueblos para los pueblos, por sobre las fronteras.

¿Hay en todo esto algo de la sugestión inmediata de la tierra sobre el pensamiento? ¿Encontramos aquí ese entusiasmo que logra in-

corporarse a la visión teórica de las cosas, provocado por el pensamiento vibrante de algunos intelectuales y artistas mexicanos que vieran surgir una floración de adentro hacia afuera donde no hubiera sino la proyección de esfuerzos particulares, inteligentes, conscientes? Quien sabe... En todo caso, es muy interesante el punto de vista que Humberto Tejera ha resumido y expuesto con claridad y fervor.

A. V.